



Ramón López Velarde

De mis días de cachorro

Hoy quiero recordar a Elisa Villamil y a Isabel Suárez y quiero también referir cómo, hace unas pocas tardes, pretendí locamente, en presencia de una amiga, resucitar locuras de infancia y recomponer el collar deshecho de las perlas románticas.

Elisa Villamil, hija del enjuto médico de mi pueblo -un anciano que gastaba tacones altos, en un futurismo inconsciente, y que me regañaba cuando me examinaba la garganta-, fue, quizá, mi primera adivinación de la mujer. Elisa, frente a las personas mayores, tomaba un aire desconfiado, y sus anchas pupilas, medrosas, irradiaban en la tez pálida como promesas mal explicadas. No he de olvidar los visos de charol en sus botas de niña principal, ni menos su sombrilla liliputiense, ni menos aún su sombrero de paja, en que competían el rojo de unas cuantas cerezas y el azul de un listón de terciopelo. La llevaban a visita a mi casa, y después con una política lejana de Richelieu conseguíamos permiso de ir a jugar enfrente, a la plaza, y corríamos por sus sonoras banquetas en una expansión que no sospechaba los minutos grises. De pronto, nos deteníamos en nuestra fuga, para embobarnos en el examen de un colega que llegaba en velocípedo, o de una naranja de tres días de edad, o de la esfera roja que remataba el chacó de los soldados de la cárcel. En esta esfera roja presentíamos, con turbación, el alarde jacobino de los federales. (¿Me reclamará alguien el ex?)

Cuando el habitual sereno comenzaba, sobre el compás de su escalera, a encender los faroles que colgaban de alambres tendidos de acera a acera, me robaban a Elisa. Yo sentía que me la robaban, y a la mañana del día siguiente me pasaba las horas muertas rodándome sobre la alfombra de la sala, con la propiedad de las rodadillas del sofá; y en recreo tan poco gallardo, dibujaba mentalmente, entre los rosales fronteros, el sombrero de paja que el doctor Villamil había comprado para su heredera.

De Isabel Suárez ¿qué os contaré? Ella me encontró más experto que Elisa.

La niña Suárez estaba huérfana reciente en aquel entonces. Iba a la escuela «toda de negro, hasta los pies, vestida». La escuela era la escuela «de las Cervantes». A las doce del día y a las cinco de la tarde, yo acechaba puntualmente la salida de Isabel, a la hiperbólica distancia de doscientos metros. Tal vez decís que mi timidez era de violeta...

Nunca salvé los doscientos metros. Ni uno de ellos. Isabel se casó con un caballero plano y opaco. Sé que no constituye para ella una dificultad, precisamente, entenderse con él.

Por aquellos años crecía yo como un cachorrillo sentimental, ingenuo y entusiasta.

Y he aquí que he querido volver a mi época de cachorro, hoy que mi inercia y mi cálculo se valen de los lamentables expedientes del león del Atlas, inmortalizado por Gautier. Fue el caso de una de las últimas tardes, como os anuncié al principio de esta crónica. Mi amiga (que no describiré en favor de la paz de los matrimonios) estaba sentada conmigo en una banca de la Alameda. El hemiciclo de Juárez nos protegía un flanco. Mi actitud debía ser, evidentemente, de cachorro, porque un fotógrafo, sin domicilio conocido (y que no ha de cultivar relaciones con Lange, ni con Napoleón, ni con don Luis G. Guzmán), nos ofreció su lente, cómplice de los idilios.

Anhelo que la señorita a quien dirigí palabras trascendentes en esa entrevista conserve de ella un recuerdo meramente cómico. Tuve la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente. Me indujeron a ello el desmayo de la luz, los ramajes indecisos entre la primavera y el invierno, y la haz de la luna, de la luna confidente que quiso ser testigo de mi flaqueza. Exhorto a usted, señorita, para que, si vuelve a mirarme animoso y explícito, me traiga a la memoria que mi táctica ya no puede ser otra que la del león del Atlas, que se amortaja en el polvo calizo para traicionar al caminante con las quejas de una hipócrita desgracia. Y que los manes de Isabel Suárez y Elisa Villamil no se ofendan contra mí por haber dicho sobre sus lápidas, fuera de tiempo, niñerías insensatas.

El Nacional Bisemanal, México, 22 de enero de 1916

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo